



Serie educativa Charlotte Mason

Volumen 1 Educación en el hogar

Publicado en Inglaterra en 1905

Serie Educativa Charlotte Mason

Título obra original: *Home Education (Volume 1 of the Home Education Series)*

Autor: Charlotte Mason, Inglaterra, 1905

Traducción y revisión: de la Comunidad Educadores Charlotte Mason, 2020-2021

María Elena Ortiz, alivingeducationenespanol.com | Johanna Pérez Ray, charlottespanol.org

Versión libre de derechos de autor.

Se ruega usar y compartir dando el debido crédito a las autoras.

ÍNDICE

NOTA DE LAS TRADUCTORAS.....	4
PREFACIO A LA SERIE EDUCATIVA CHARLOTTE MASON.....	5
PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN.....	9
PARTE I: ALGUNAS CONSIDERACIONES PRELIMINARES	10
I. MÉTODO EDUCATIVO	11
II. LA CONDICIÓN DEL NIÑO.....	13
III. OFENDER A LOS NIÑOS	14
IV. MENOSPRECIAR A LOS NIÑOS	17
V. IMPEDIR A LOS NIÑOS	18
VI. CONDICIONES PARA UNA ACTIVIDAD CEREBRAL SALUDABLE	18
VII. «LA SUPREMACÍA DE LA LEY» EN LA EDUCACIÓN.....	27
PARTE II. LA VIDA INFANTIL AL AIRE LIBRE.....	30
I. UN TIEMPO DE CRECIMIENTO	31
II. EXPLORACIÓN DEL ENTORNO	32
III. «PINTAR CUADROS»	34
IV. LAS FLORES Y LOS ÁRBOLES.....	35
V. «LAS CRIATURAS VIVIENTES»	38
VI. CONOCIMIENTOS SOBRE LA NATURALEZA Y OBRAS DE NATURALISTAS	41
VII. EL NIÑO ADQUIERE CONOCIMIENTO POR MEDIO DE SUS SENTIDOS.....	42
VIII. EL NIÑO DEBIERA FAMILIARIZARSE CON OBJETOS NATURALES.....	45
IX. GEOGRAFÍA AL AIRE LIBRE.....	46
X. EL NIÑO Y LA MADRE NATURALEZA.....	49
XI. JUEGOS AL AIRE LIBRE, ETC.....	50
XII. PASEOS EN MAL TIEMPO	53
XIII. LA VIDA RÚSTICA.....	55
XIV. LOS NIÑOS NECESITAN EL AIRE DEL CAMPO	57

PARTE II. LA VIDA INFANTIL AL AIRE LIBRE

Serie Educativa Charlotte Mason

I. UN TIEMPO DE CRECIMIENTO

Comidas al aire libre. Las personas que viven en el campo conocen muy bien el valor del aire fresco, y sus hijos viven afuera, solo pasando intervalos adentro para dormir y comer; no obstante, en cuanto a las comidas, incluso la gente del campo no aprovecha al máximo sus oportunidades, ya que en los días buenos cuando está suficientemente cálido para sentarse afuera con un cobertor, ¿por qué no servir al aire libre el desayuno y el té, o más, todas las comidas, excepto cuando se trate de una cena caliente? Particularmente debido a que somos una generación agitada, con los nervios de punta; y todas las horas que se pasen al aire libre son una ganancia evidente, que contribuye a aumentar la facultad cerebral y el vigor corporal, y a extender la vida misma. Aquellos que saben lo que es tener la piel afiebrada y el cerebro a punto de explotar y sentir el delicioso alivio del aire frío, tienden a crear una nueva regla de vida: «Nunca estar adentro cuando *no hay problema* para estar afuera».

Además de ganar una o dos horas al aire libre, hay otra ganancia que debe considerarse: las comidas tomadas al fresco suelen ser alegres, y la alegría es el elemento ideal para convertir la carne y la bebida en sangre y tejidos sanos. Todo ese tiempo, los niños también están almacenando recuerdos de una infancia feliz. Dentro de cincuenta años verán las sombras de las ramas haciendo dibujos sobre el mantel blanco; y el sol, la risa de los niños, el zumbido de las abejas y el aroma de las flores habrá sido almacenado como una brisa de refresco para los días futuros.

Una palabra a los habitantes de las ciudades y los suburbios. No obstante, solo las personas que viven, por así decirlo, en sus propios jardines, son quienes pueden darles a sus hijos el té al aire libre de manera habitual. Para el resto de nosotros, y la mayoría de nosotros, que vivimos en ciudades o en los suburbios de las ciudades, esta sugerencia está incluida en la pregunta más amplia: ¿Cuánto tiempo al aire libre deben tener los niños, y cómo es posible garantizar dicho tiempo libre? En este tiempo de extraordinaria presión, tanto educativa como social, quizás el primer deber de una madre para con sus hijos es garantizarles un tiempo de crecimiento tranquilo, seis años completos de una vida receptiva pasiva, cuyas horas despiertos sean en su mayoría pasadas al aire libre, y no solo con el fin de beneficiar la salud corporal, sino que tanto el cuerpo como el alma, el corazón y la mente, también se nutren del alimento conveniente para ellos cuando a los niños se les deja tranquilos, se les deja vivir sin fricciones y sin estímulos, rodeados por influencias felices que los inspiran a inclinarse por lo bueno.

Las posibilidades de un día al aire libre. Una juiciosa madre dice que envía sin falta a sus hijos afuera, si el clima lo permite, durante una hora diaria en invierno y dos horas diarias en los meses de verano, lo cual está bien, pero no es suficiente. En primer lugar, no los envíe; si fuera en absoluto posible, llévelos; ya que, aunque se debiera dejar a los niños solos en gran medida, hay mucho que hacer y mucho que prevenir durante esas largas horas al aire libre, porque largas horas debieran ser; pero no dos, sino cuatro, cinco o seis horas son el tiempo que deberían pasar afuera cada día tolerablemente bueno, de abril a octubre [algo así como septiembre a marzo, en el hemisferio sur]. «¡Eso es imposible!» dice una madre que se siente sobrepasada esforzándose porque sus hijos pasen no más de una hora diaria más o menos en el pavimento de las plazas comunitarias de Londres. Reitero que las sugerencias que me atrevo a dar no se basan en lo que es posible en todos los hogares, sino en lo que me parece que es lo absolutamente mejor para los

niños; y eso es porque creo que las madres hacen maravillas cuando están convencidas de que maravillas deben hacer. Un viaje de veinte minutos en tren u ómnibus, y una canasta con el almuerzo, posibilitan un día en el campo para la mayoría de los habitantes de la ciudad; y si fuera un día, ¿por qué no muchos, o todos los días que fueran posibles?

Suponiendo entonces que contamos con tales días al aire libre, ¿qué se debe hacer con estas preciosas horas, para que todos se deleiten en ellas? Deben pasarse en sujeción a algún método, o la madre se agotará y los niños se aburrirán. Hay mucho que se puede lograr en esta gran porción del día de los niños; ellos deberán estar en un modo gozoso todo el tiempo, o no ganarán todo el fortalecimiento y la restauración que les puede proveer el maravilloso aire. Se les debería dejar tranquilos, que jueguen mucho independientemente para que absorban lo que puedan de la belleza de la tierra y de los cielos; pues de todos los males de la educación moderna hay pocos que son peores que esto: el perpetuo graznido de sus mayores que no deja al pobre niño ni un momento, ni una pulgada de espacio, en el cual asombrarse—y crecer. Al mismo tiempo, ésta es la oportunidad de la madre para entrenar el ojo observador y el oído oidor, y de esparcir semillas de verdad en la expandida alma del niño, las cuales germinarán, florecerán y darán fruto, sin más ayuda ni conocimiento de parte de ella. Así pues, mucho se obtiene de posarse en un árbol o acurrucarse en un arbusto, pero el desarrollo muscular se produce de maneras más activas, y una hora o dos deben pasarse jugando vigorosamente; y, en último caso, ciertamente lo menos importante, es dar una o dos lecciones.

Nada de libros de cuentos. Supongamos que la madre y los niños llegan a un agradable lugar donde pasar un bello rato juntos. En primer lugar, la madre no tiene por qué entretener a los pequeños: no debiera haber libros de cuentos, ni contarse cuentos; se debiera hablar lo menos posible, solo con algún propósito específico. ¿A quién se le ocurriría divertir a los niños con un cuento o ponerse a hablar estando en un circo o una obra de títeres? Y en la naturaleza, ¿acaso no se manifiesta algo infinitamente mayor para el deleite de los niños? Esta sabia madre, al llegar, envía a los niños a desahogarse salvajemente con gritos, cantos y alborotos, todas las extravagancias que les venga a la cabeza les son permitidas; no hay distinción entre grandes y pequeños; a estos últimos les encanta seguir el son de los niños mayores y, tanto en las lecciones como en el juego, hacen lo que pueden según sus pequeñas capacidades. En cuanto al bebé, está absolutamente feliz: despojado de sus prendas, pateo y gateo, agarra la hierba, ríe con su risita suave de infante, y absorbe su pequeño conocimiento sobre las formas y las propiedades en su manera maravillosa que le es propia, vestido con una túnica amplia y suelta de lana, muy apropiada para la ocasión y para el uso que se le dará.

II. EXPLORACIÓN DEL ENTORNO

No pasa mucho tiempo sin que los demás vuelvan donde está la madre y, ahora que la mente se ha refrescado y los ojos se disponen a observar, ella los envía a hacer una expedición de exploración, con preguntas como: ¿Quién puede ver lo más posible, y contarle lo más que se pueda sobre aquel montículo o arroyo, ese seto o tal bosquecillo? He aquí un ejercicio que deleita a los niños, y que se puede hacer de muchas diferentes formas, a la manera de un juego, pero con la exactitud y el cuidado de una clase educativa.

Cómo ver. Descubran todo lo que puedan sobre esa cabaña al pie de la colina; pero no se acerquen demasiado. Pronto están de vuelta, y hay una multitud de rostros emocionados, y un alboroto de lenguas, y observaciones varias con alientos entrecortados que se lanzan al oído de la madre: «Hay colmenas de abejas». «Vimos muchas abejas juntas». «Hay un jardín grande». «Sí, y hay girasoles en el jardín», «y margaritas y pensamientos». «Y hay muchas hermosas flores azules con hojas ásperas; madre, ¿qué piensas que es?» «Borraja para las abejas, muy probablemente; les gusta mucho» «Oh, y hay manzanos, perales y ciruelos a un lado; hay un pequeño camino en el medio». «¿A qué lado están los árboles frutales?» «A la derecha— no, a la izquierda; déjame ver, ¿con qué mano escribo? Sí, es el lado derecho. Y hay papas y coles, y menta y cosas al otro lado» «¿Dónde están las flores, entonces?» «Oh, están solo en las orillas, a cada lado del camino». «Pero no le hemos contado a mamá sobre el maravilloso manzano; ¡creo que tiene un *millón* de manzanas, todas maduras y rosadas!» «¿Un millón, Fanny?» «Bueno, muchas, madre; no sé cuántas». Y así sucesiva e indefinidamente; la madre obtiene poco a poco una descripción completa de la cabaña y su jardín.

Usos educativos del reconocimiento de lugares. Todo esto es un juego para los niños, pero la madre está llevando a cabo un trabajo invaluable; ella está entrenando las facultades infantiles de observación y expresión, aumentando su vocabulario y su rango de ideas al enseñarles el nombre y los usos de un objeto en el momento correcto, por ejemplo, cuando preguntan, «¿qué es?» y «¿para qué es esto?». Ella está instruyendo a sus hijos en hábitos de veracidad, ayudándolos a ser cuidadosos de ver el hecho y exponerlo con precisión, sin omisión ni exageración. El niño que describe: «Un árbol alto, que llega a cierta altura, que tiene hojas bastante redondeadas; que no es un árbol agradable para dar sombra porque todas las ramas suben», merece aprender el nombre del árbol, y cualquier cosa que su madre tenga que decirle al respecto. Pero el niño distraído, que no deja en claro si está describiendo un olmo o una haya, no debería recibir adulaciones; su madre no debería mover ni un pie para ver dicho árbol, nada la debería convencer de hablar de tal árbol, hasta que, sintiéndose desesperado, vaya el niño y vuelva con algo de información más certera—que si la corteza es áspera o suave, las hojas son ásperas o lisas—y solo entonces, la madre puede considerar, dar su pronunciamiento, y él, lleno de alegría, la lleva para que lo vea por sí misma.

La observación inteligente. Gradualmente, los niños aprenderán *de manera inteligente* todas las características de los paisajes con los que están familiarizados; y qué posesión tan deleitosa para la vejez y la mediana edad será contar con una serie de imágenes formadas, con todos sus elementos, en el soleado resplandor de la mente infantil. Lo lamentable de los recuerdos infantiles de la mayoría de las personas es que están borrosos, distorsionados, incompletos, tanto así que son tan desagradables de ver como lo es una copa fracturada o una prenda rota; y la razón no es que se hayan olvidado las escenas del pasado, sino que nunca *se vieron* en realidad. Al momento de verlas, solo se grabó una borrosa impresión de que tales y tales objetos estaban presentes y, naturalmente, después de años, rara vez pueden recordarse los elementos de los cuales el niño no estuvo *consciente* cuando los tuvo delante de él.

III. «PINTAR CUADROS»

El método. Tan satisfactoria es la facultad de tomar fotografías mentales, imágenes exactas, de las bellezas de la naturaleza que recorreremos el mundo para verlas y sentirnos renovados, que vale la pena que nuestros hijos se ejerciten de otra manera más, siempre con este objetivo en mente. Se debe tomar en cuenta, no obstante, que los niños ven lo que está cerca y los detalles, por lo que será necesario un esfuerzo para que miren de manera más amplia y más lejos. Haga que los niños miren bien una parte del paisaje, y que luego cierren los ojos y evoquen la imagen; si algo de ella está borrosa, que miren de nuevo. Cuando logren una imagen perfecta ante sus ojos, que expresen lo que ven de esta manera: «Veo un estanque; es poco profundo en este lado, pero más profundo en el otro; los árboles llegan al borde del agua en ese lado, y puedo ver las hojas y las ramas verdes tan claramente en el agua que pensaría que hay un bosque debajo. Casi tocando los árboles en el agua hay un poco de cielo azul con una suave nube blanca; y cuando miras hacia arriba ves la misma pequeña nube, pero con mucho cielo en lugar de solo un poco, porque allí no hay árboles. Hay hermosos nenúfares amarillos alrededor del borde más alejado del estanque, y dos o tres grandes hojas redondas levantadas como velas. Cerca de donde estoy parado, tres vacas han venido a beber, y una se ha metido al fondo del agua, casi hasta el cuello», etc.

Esfuerzo de la atención. Este ejercicio también es deleitable para los niños, pero, dado que exige algo de esfuerzo de la atención, es cansador y solo debiera emplearse de vez en cuando. Sin embargo, vale la pena instruir a los niños en el hábito de memorizar un poco de paisaje de esta forma, porque es el esfuerzo de recordar y reproducir lo que cansa; mientras que el placentero acto de ver, *en totalidad y en detalle*, se repetirá inconscientemente hasta convertirse en un hábito del niño al que se le pide de vez en cuando que reproduzca lo que ve.

Ver en totalidad y en detalle. Al principio, los niños necesitarán un poco de ayuda en el arte de ver. La madre puede decir: «¡Mira el reflejo de los árboles! Quizás hay leña debajo del agua, ¿Te recuerdan algo esas hojas erguidas?» y otros comentarios así, hasta que los niños hayan notado los aspectos destacados de la escena que se despliega frente a ellos. Incluso ella misma puede aprenderse dos o tres imágenes, y describirlas con los ojos cerrados para entretener a los niños; ellos, gracias a que imitan todo, y a su gran empatía, copiarán y harán variaciones en sus propias descripciones a partir de lo que han escuchado decir a su madre.

Los niños se deleitarán con este juego de pintar cuadros aún más si la madre lo presenta describiendo alguna grandiosa galería de imágenes que haya visto—ya sea imágenes montañosas, páramos, mares tormentosos, campos arados, niños pequeños jugando, una anciana tejiendo—añadiendo que, aunque ella no pinta sus cuadros en lienzo y no los enmarca en la pared, lleva consigo galerías de imágenes de esta forma; porque cada vez que ve algo encantador o interesante, lo mira hasta que tiene la imagen en el ojo de su mente; y luego se la lleva, y es suya para siempre, y la puede volver a mirar cuando ella quiera.

Un medio para el solaz y el descanso. Sería difícil sobrevalorar como un medio de solaz y descanso este hábito de ver y guardar. Hasta quienes estamos más ocupados tenemos vacaciones

cuando nos liberamos del yugo y nos encontramos cara a cara con la naturaleza, para ser sanados y bendecidos por:

«El bálsamo que respira
El silencio y la calma
De las cosas insensibles y mudas».

[Extracto del poema *Three Years She Grew in Sun and Shower* poeta inglés William Wordsworth.]

Este descanso inmediato está disponible para todos según su medida; pero es un error suponer que todos pueden llevarse una imagen refrescante de lo que les deleita. Solo unos pocos pueden expresar las escenas visitadas como Wordsworth [en *Lines Composed a Few Miles above Tintern Abbey, On Revisiting the Banks of the Wye during a Tour. July 13, 1798*]:

«Aunque ausente por mucho tiempo,
Estas formas de belleza han sido para mí
Como es un paisaje para los ojos de un ciego;
Pero a menudo, en habitaciones solitarias, y en medio del estruendo
De pueblos y ciudades, les debo,
En horas de cansancio, sensaciones dulces,
Sentidas en la sangre y en el corazón;
Que pasan incluso hacia mi más pura mente,
Con una tranquila restauración».

Sin embargo, este no es un elevado regalo poético que el resto de nosotros debiéramos contentarnos con admirar, sino una recompensa común por el esfuerzo de ver, y que los padres deberían esforzarse mucho para traspasar a sus hijos.

La madre debiera estar alerta de no estropear la simplicidad y el carácter *objetivo* del disfrute del niño, tratando sus pequeñas descripciones como proezas de inteligencia que se deban repetir al padre o a los visitantes; de hecho, será mejor que haga un voto de reprimirse, de «no decir nada a nadie» en presencia del niño, aunque el niño demuestre ser un poeta nato.

IV. LAS FLORES Y LOS ÁRBOLES

Los niños debieran conocer los cultivos locales. En el curso de estos ejercicios de imágenes mentales, se presentarán oportunidades para que los niños se familiaricen con los objetos y las ocupaciones rurales. Si hay tierras de cultivo a su alcance, deben conocer sobre las praderas, los pastos y tierras para pastar, el trébol, y los cultivos de nabos y maíz, en todos sus aspectos, desde el arado de la tierra hasta la obtención de los cultivos.

Las flores de campo y la historia de vida de las plantas. Los niños debieran conocer cada una de las flores silvestres que crecen donde ellos viven y en sus alrededores; debieran poder

describir la hoja—su forma, tamaño, si crece desde la raíz o desde el tallo; la forma en que florece—, una cabeza de varias flores [o inflorescencia], una sola flor, o una espiga, etc. Después de haber conocido a una flor silvestre, para que nunca puedan olvidarla o confundirla, se debe examinar el lugar donde la encontró, para que sepa en el futuro en qué tipo de terreno buscar tal y cual flor. «¡Aquí deberíamos encontrar un tomillo salvaje!» «Oh, éste es un lugar muy apropiado para las margaritas; debemos venir aquí en la primavera». Si la madre no es una gran botánica, encontrará que un libro de referencia de alta calidad le será útil, con sus paletas de colores para identificar las flores, nombres comunes, y agradables hechos y datos divertidos sobre las plantas que los niños disfrutarán mucho [referencia original es hacia la obra *Wild Flowers* de Ann Pratt]. Para coleccionar flores silvestres durante varios meses, presiónelas y colóquelas cuidadosamente en cuadrados de papel grueso, con el nombre, su hábitat y la fecha de hallazgo de cada una, lo cual ofrece una tarea bastante entretenida, y, al mismo tiempo, una capacitación muy útil y mejor aún, que es acostumbrar a los niños a hacer dibujos con pincel de las flores que les interesan, y de la planta completa, si fuera posible.

El estudio de los árboles. A los niños se les debería familiarizar íntimamente con los árboles a temprana edad; deberían elegir seis árboles, ya sea roble, olmo, fresno, haya, en su desnudez invernal, y que se conviertan en sus amigos todo el año. En el invierno, observarán los ligeros bucles del abedul, los brazos nudosos del roble, el crecimiento robusto del sicómoro. Se puede esperar para aprender los nombres de los árboles hasta que lleguen las hojas. Poco a poco, a medida que avanza la primavera, contemple la rigidez generalizada y la vida que se puede ver en las ramas aún desnudas; la vida se siente en el hermoso misterio de las yemas de las hojas, un nido de delicadas hojas nuevas yaciendo en calidez dentro de muchas envolturas impermeables; el roble y olmo, el haya y el abedul, cada uno tiene su propia forma de desplegar y embalar sus follaje; observe los capullos púrpura del limón verde y los fresnos con su bonito pie de ciervo, no verde sino negro,

Seguimiento de las estaciones. Es difícil mantener el ritmo de las maravillas que ocurren «en la temporada de abundancia». Están las candelillas o amentos colgantes y las florecillas de color rubí del avellano—ambos, racimos de flores, dos tipos en un solo árbol; igual que las suaves y robustas ramas del sauce; y la festiva aparición del hermoso follaje de todos los árboles; el aprendizaje de los patrones de las hojas a medida que surgen, y el nombre de los árboles a partir de diversas señales. Luego vienen las flores, cada una encerrada herméticamente en la delicada urna que llamamos brote, tan astutamente envueltas como las hojas en sus brotes, pero menos cuidadosamente protegidas, porque estos «dulces viveros» retrasan su llegada en su mayoría hasta que la tierra tenga una cama caliente para ofrecerle, y el sol le dé una amable bienvenida.

Leigh Hunt sobre las flores. «Supongamos», dice Leigh Hunt, «¡supongamos que las flores en sí mismas fueran nuevas! Supongamos que acabaran de llegar al mundo, una dulce recompensa por alguna nueva bondad... Imagine lo que sentiríamos cuando vemos el primer tallo lateral saliendo del principal, y desplegando una hoja. Cómo miraríamos la hoja que despliega gradualmente su pequeña mano elegante; luego otra, y luego otra; entonces el tallo principal se eleva y produce más; ¡luego uno de ellos da indicaciones de la sorprendente novedad: ¡un brote! Este misterioso capullo se despliega gradualmente como la hoja, asombrándonos, encantándonos, casi alarmándonos de deleite, como si no supiéramos que encanto viene a continuación, hasta que, por fin, en toda su belleza de hada, y voluptuosidad olorosa, y misteriosa elaboración de escultura tierna y viva, brilla la flor sonrojada». Las *flores*, es cierto, no son nuevas; pero los *niños* lo son; y

es culpa de sus mayores si cada nueva flor que encuentran no es para ellos una Picciola, un misterio de belleza que se observa día a día con asombro y deleite indescriptibles. [Picciola es el nombre de una flor, y en la novela homónima de Joseph-Xavier Boniface publicada en 1836, un reo sobrevive la prisión gracias a dicha flor en su celda.]

Mientras tanto, hemos perdido de vista esa media docena de árboles del bosque con los que los niños han establecido una especie de camaradería durante el año. Ahora ya tienen el placer de descubrir que los grandes árboles también tienen flores, muy a menudo flores del mismo tono que sus hojas, y que algunos árboles posponen sus hojas hasta que se vayan las flores. Poco a poco llega el fruto, y con él, el descubrimiento de que cada árbol —con excepciones que aún no necesitan aprender— da su propio fruto, «fruto y semilla según su especie». Todo esto es conocimiento común para las personas mayores, pero uno de los secretos del educador es no presentar nada como conocimiento obsoleto, sino ponerse en la posición del niño, y maravillarse y admirarse con él; pues, cada milagro común que el niño ve con sus propios ojos hace de él otro Newton en un determinado momento.

Calendarios. Es una tarea de gran importancia que los niños mantengan un calendario con información sobre dónde vieron y cuándo la primera hoja de roble, el primer renacuajo, el primer resbalón, la primera candelilla, las primeras moras maduras. El próximo año sabrán cuándo y dónde buscar sus favoritos y, cada año, estarán en condiciones de agregar nuevas observaciones. Piense en el entusiasmo y el interés, el *objetivo* que tal práctica dará a las caminatas diarias y pequeñas excursiones. No habrá un día en que el niño no espere que uno de sus tantos amigos de la naturaleza realice algo por primera vez en este ambiente tan familiar para él.

Diarios de la naturaleza. Tan pronto como pueda mantenerlo, un diario de la naturaleza es una fuente de deleite para un niño. Cada día que camina le da algo para registrar: tres ardillas en un alerce, un arrendajo volando sobre un determinado campo, una oruga trepando por una ortiga, un caracol comiendo una hoja de col, una araña que cae repentinamente al suelo, dónde ha encontrado una hiedra, y ésta cómo estaba creciendo, qué plantas estaban creciendo con ella, y cómo la enredadera y la hiedra son trepadoras. A al niño curioso se le ocurren innumerables asuntos para registrar. Si bien es bastante joven (cinco o seis años), debería comenzar a ilustrar sus notas libremente con dibujos a pincel; al principio, debería tener un poco de ayuda para mezclar colores, pero se le debería enseñar los principios, no darle instrucciones. No se le debería decir que use esto y ahora aquello, sino que «conseguiremos el morado al mezclar esto y lo otro», y luego se le debe dejar solo para que obtenga el tinte correcto. En cuanto al dibujo, la instrucción tiene, sin duda, su tiempo y lugar; pero su diario de naturaleza debería entregarse a la propia iniciativa infantil. Un niño de seis años producirá un diente de león, una amapola, una margarita con sus hojas, impulsado por el deseo de representar lo que ve, con sorprendente vigor y corrección. Un libro de ejercicios con cubiertas rígidas sirve para un diario de la naturaleza, pero es necesario tener cuidado al elegir un papel que sirva tanto para escribir como para dibujar con pincel.

«No puedo dejar de pensar». «Pero no puedo dejar de pensar; ¡no puedo hacer que mi mente se detenga!» ¡Pobre niña! Todos los niños deben agradecer a sus mayores por dar voz a sus pequeños problemas sin sentido; y nosotros, los adultos, tenemos tan poca imaginación que enviamos a un niño pequeño con un cerebro demasiado activo a jugar solo en el jardín para

escapar de la neblina de las lecciones. ¡Qué poco sabemos cómo la gente en el cerebro corre a toda prisa!

*«El (cerebro) humano es como una piedra de molino, gira que gira;
Si nada más tiene por moler, molerse a sí mismo es lo que hará».*

Dele al niño un trabajo definido, claro que sí, y dele algo a lo cual dedicarse; pero le ruego, hágalo trabajar con los objetos y no con los símbolos, es decir, las cosas de la naturaleza como están en sus propios lugares, praderas y setos, bosques y playas.

V. «LAS CRIATURAS VIVIENTES»

Un campo de estudios que es fuente de interés y deleite. En cuanto a las «criaturas vivientes», he aquí un campo de interés y deleite ilimitados: los animales domesticados no demoran en llegar a ser muy queridos por los niños. Es el caso de quienes viven demasiado lejos del «campo real» como para que las ardillas y los conejos salvajes sean más que un sueño de posibles delicias. Pero con seguridad hay un estanque al alcance—ya sea yendo en automóvil o ferrocarril— donde puedan atrapar renacuajos y luego llevarlos a casa en una botella, alimentarlos y observarlos a través de todos sus cambios en que las aletas desaparecen, las colas se vuelven cada vez más cortas, hasta que finalmente no hay cola en absoluto, y una pequeña rana bastante perturbadora te mira a la cara. Levante cualquier piedra, y encontrará una colonia de hormigas. Siempre se nos ha enseñado a considerar cómo hacen y ser sabios como ellas; pero ahora, piense en todo lo que Lord Avebury [experto en la materia] nos ha compartido sobre esa conocida hormiga de doce años que ya conocemos tan bien. Luego están las abejas. Es posible que algunos de nosotros hayamos escuchado al difunto Dean Farrar describir esa clase en la que estuvo presente, sobre «¿Cómo trabaja la trabajadora abejita?»: el maestro brillante, pero no hay respuesta de parte de los niños, no estaban en absoluto interesados en las trabajadoras abejitas. Él sospechaba la razón, y al interrogar a la clase, descubrió que nadie de los presentes había visto una abeja. «¡No haber visto nunca una abeja! Piense por un momento, lo que eso implica» dijo él, y acto seguido nos conmovió con una elocuente imagen de la triste vida infantil de la cual se han excluido las abejas, los pájaros y las flores. ¡Cuántos niños que no viven en los barrios pobres de Londres, y que, sin embargo, no pueden distinguir una abeja de una avispa, o ni siquiera un abejorro de una abeja!

Se debe alentar a los niños a que miren. Se debe alentar a los niños a *mirar*, paciente y silenciosamente, hasta que aprendan algo sobre los hábitos y la historia de las abejas, las hormigas, las avispas, las arañas, las peludas orugas, las libélulas, y todo lo que encuentren de mayor tamaño. «¡Los animalitos nunca tienen ningún hábito cuando estoy mirando!» se queja una niña por ahí en un libro de cuentos; pero la culpa es de ella porque los ávidos y despiertos ojos con los que los niños han sido bendecidos fueron hechos para ver y para observar en detalle lo que hacen las cosas creadas demasiado pequeñas para que las personas mayores puedan observarlas sin ayuda. Las hormigas pueden observarse en el hogar de la siguiente manera: obtenga dos piezas de vidrio de un pie cuadrado, tres piezas de vidrio de once y media pulgadas de largo y una pieza de once pulgadas de largo, todas de un cuarto de pulgada de ancho. El vidrio

debe cortarse cuidadosamente para que encaje con exactitud. Coloque las cuatro piezas de vidrio sobre una de las láminas de vidrio y fíjelas en un cuadrado exacto, dejando una abertura de media pulgada, con goma o cualquier buen fijador. Obtenga de un hormiguero unas doce hormigas (las hormigas amarillas son las mejores, ya que las rojas tienen una tendencia a la riña), algunos huevos y una reina. La reina tendrá el doble de tamaño que una hormiga común, por lo que se puede ver fácilmente. Tome un poco de la tierra del hormiguero. Coloque la tierra con las hormigas y los huevos sobre la lámina de vidrio y fije la otra lámina arriba, dejando solo el pequeño agujero en una esquina, hecho por la pieza más corta, que debe taparse con un poco de algodón. Las hormigas estarán inquietas durante unas cuarenta y ocho horas, pero luego comenzarán a asentarse y a organizar la tierra. Retire el tapón de lana una vez a la semana y vuélvalo a poner empapado en dos o tres gotas de miel. Una vez cada tres semanas, retire el tapón para colocar unas diez gotas de agua con una jeringa; no es necesario hacer esto en el invierno mientras las hormigas duermen. Un «nido» así durará años.

Con respecto al horror que algunos niños muestran ante el escarabajo, la araña, y el gusano, eso se aprende generalmente de los adultos. Los hijos de Charles Kingsley corrían tras su papá con un «delicioso gusano», un «sapo encantador», un «tierno escarabajo» que acarreaban con ternura en ambas manos. Existen, no obstante, verdaderos miedos que no se pueden superar, como el horror por las arañas que tenía el mismo Kingsley; pero los niños que están acostumbrados a sostener y admirar orugas y escarabajos desde su infancia no darán paso a esos temores. El niño que pasa una hora observando lo que hace un nuevo gusano que ha encontrado, será un hombre que dejará huella. Que todo lo que descubra al respecto sea ingresado en su diario—que escriba su madre, si aún le cuesta escribir: dónde lo encontró, qué está haciendo o parece estar haciendo; el color, la forma, las patas. Algún día se encontrará nuevamente con la criatura y reconocerá la descripción de un viejo amigo.

La influencia de la opinión pública en el hogar. Algunos niños nacen naturalistas, con una inclinación heredada, quizás, de un ancestro desconocido; pero cada niño tiene un interés natural por los seres vivos, lo cual corresponde a los padres alentar, ya que pocos niños son capaces de mantener su postura frente a la opinión pública; y si ven que las cosas que les interesan son indiferentes o desagradables para los adultos, su placer en ellas desaparece, y ese capítulo del libro de la naturaleza se habrá cerrado para ellos. Es probable que el libro *La historia natural de Selborne* [obra publicada originalmente en 1789, es un relato de la vida del campo, escrito por un apasionado de los clásicos, la poesía y los pájaros y es tenido como uno de los mejores libros de historia natural que se hayan escrito] nunca hubiera existido si no hubiera sido porque el padre del autor solía llevar a sus hijos a expediciones diarias de búsqueda donde ninguna cosa en movimiento o crecimiento, ninguna piedrecilla ni roca gigante a millas alrededor de Selborne se escapaba de sus atentas observaciones. De la misma forma, Audubon, el ornitólogo estadounidense, es otro ejemplo de lo que provoca este tipo de instrucción a temprana edad. «Apenas había aprendido a caminar y a articular las primeras palabras siempre tan entrañables para los padres, cuando me mostraron lo que producía la naturaleza, disponible en abundancia a mi alrededor... Mi padre generalmente acompañaba mis pasos, me buscaba pájaros y flores, y me señalaba los elegantes movimientos del ave, la belleza y la suavidad de su plumaje, cómo manifestaban su contentamiento o su sensación de peligro, y las siempre perfectas formas y espléndido atuendo de las flores. Hablaba él de la partida y el regreso de los pájaros con las estaciones, describía sus guaridas y, lo más maravilloso que todo, el cambio de su plumaje, motivándome así a estudiarlos y elevar mi mente hacia su gran Creador».

Qué pueden hacer los niños de la ciudad. Los niños de la ciudad pueden disfrutar mucho mirando a los gorriones—inteligentes pajaritos, y fácilmente amansados a cambio de puñado de migas de pan—, quienes serán sus nuevos amigos afuera. Pero se puede hacer mucho con los gorriones. Un amigo escribe así: «¿Has visto al hombre en los jardines de Tuileries que alimenta y habla con docenas de ellos? Se sientan en su sombrero, en sus manos y se alimentan de sus dedos. Cuando levanta los brazos, todos revolotean y luego nuevamente se acomodan sobre él y lo rodean. Lo vi llamar a un gorrión desde la distancia por su nombre y no darle la migaja a ninguno más hasta que «*petit chou*», un gorrión de varios colores, llegó a buscar su porción destinada, pero no pude notar ninguna característica distintiva; y la multitud de gorriones en el camino, en bancos y barandillas, formaron una audiencia muy atenta a la brillante conversación en francés que los mantuvo en constante movimiento, ya que estaban, aquí y allá, invitados a venir a cambio de un bocado tentador. ¡Toda una representación de San Francisco y los pájaros!» [en referencia a la obra de Giotto «San Francisco predicando a los pájaros» (1300)].

El niño que no conoce la complexión corpulenta y el pecho manchado del tordo, el elegante vuelo de la golondrina, el pico amarillo del mirlo, el sonido de la canción que la alondra vierte desde lo alto, es digno de lástima casi tanto como aquellos niños de Londres que «nunca habían visto una abeja». Un encantador conocido que es fácil de reconocer es la peluda oruga. El momento propicio para apoderarse de ella es cuando se la ve arrastrando los pies por el suelo con mucha prisa en búsqueda de un lugar tranquilo donde poder recostarse: póngala en una caja y cubra la caja con una red para que pueda observar sus actividades. La comida no es importante—ella tiene otras cosas en las cuales pensar. Muy pronto habrá tejido una especie de carpa o hamaca blanca, en la que se esconde, y a través de la cual se puede mirar la oruga, y hasta ver quizás el momento mismo en que su piel se divide, convirtiéndola durante meses en una masa en forma de huevo sin ningún signo de vida. Por fin, el ser vivo dentro se escapa de ese envoltorio, y ahí está, la hermosa polilla tigre, agitando sus débiles alas contra la red. La mayoría de los niños de seis años han probado esta experiencia de naturalista, y vale la pena mencionarla solo porque, en lugar de ser simplemente una diversión inofensiva, es un valioso trozo de educación, más útil para el niño que la lectura de todo un libro de historia natural, o mucha geografía y latín. El mal de esto radica en que los niños obtienen su conocimiento de la historia natural, igual que todo su conocimiento, de segunda mano; están tan saciados de maravillas que nada los sorprende; y están tan poco acostumbrados a ver por sí mismos que nada les interesa. La cura para esta afección del *hastío* es dejarlos tranquilos un poco y luego comenzar de nuevo en forma distinta. Pobres niños, no es culpa suya si no son como debían ser, es decir, almitas curiosas y ávidas, todas anhelantes por explorar tanto de este maravilloso mundo como les sea posible, tal como la ocupación prioritaria de la vida.

«Ora mejor quien ama más
Todas las cosas grandes y pequeñas;
Porque el Dios amante que nos ama,
Él las hizo y las ama todas».

El conocimiento de la naturaleza es lo más importante para los niños pequeños. Sería bueno si todas las personas en posición de autoridad, los padres y todos los que actuamos a nombre de los padres, pudiéramos ponernos de acuerdo en que no hay ningún tipo de conocimiento que se pueda obtener en estos primeros años tan valioso para los niños como el

que obtienen por sí mismos del mundo en el que viven. Que se pongan en contacto con la naturaleza una vez, y se formará un hábito que será una fuente de deleite durante toda la vida. Todos hemos sido destinados a ser naturalistas, cada uno en su propia medida, y no hay excusa válida para vivir en un mundo tan lleno de prodigios de la vida animal y vegetal y no interesarse por nada de ello.

El entrenamiento mental del niño naturalista. Consideremos también, cuán inigualable es el entrenamiento mental que está obteniendo el niño naturalista para cualquier estudio o vocación que existe bajo el sol: la facultad de la atención, de discriminación, de la búsqueda paciente, y que al aumentar a medida que él mismo crece, ¡le serán de utilidad para una infinidad de áreas! Por otro lado, la vida es tan interesante para él, que no tendrá tiempo para incurrir en las faltas de mal genio que generalmente tienen su origen en el *tedio*. Ya no hay razón por la que debiera sentirse irritable, malhumorado u obstinado con tal pasatiempo constante.

Las actividades en la naturaleza son especialmente valiosas para las niñas. Me refiero a «él» por la fuerza de la costumbre, como hablando del sexo representativo, pero en verdad el hecho de que *ella* debiera estar igual de familiarizada con la naturaleza es un asunto de infinita mayor importancia para la niña, puesto que es ella la que está más tentada a caer en el mal temperamento (en tanto niña como mujer) cuando el tiempo le sobra; ella cuyos hábitos mentales más ociosos y desordenados requieren el estímulo y el gobierno de una ocupación absorbente y dedicada; cuya salud más débil requiere el fortalecimiento que otorga la vida al aire libre llena de emociones saludables. Por lo demás, es para las niñas, pequeñas y grandes, una verdadera cortesía sacarlas del ensimismamiento y de los consabidos mezquinos intereses y rivalidades personales con las que con demasiada frecuencia se ven rodeadas; y finalmente, ¿con quién sino con las niñas descansa el modelamiento de las generaciones que están aún por nacer?

VI. EL CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA Y LAS OBRAS DE NATURALISTAS

Reverencia por la vida. ¿Es aconsejable, entonces, enseñar a los niños los elementos de las ciencias naturales, de la biología, la botánica y la zoología? En general, no: la disección incluso de una flor es dolorosa para un niño sensible y, durante los primeros seis u ocho años de vida, no se les debería enseñar ninguna botánica que requiera arrancar las flores y romperlas en pedazos; mucho menos permitirles dañar o destruir cualquier forma (indefensa) de vida animal. La reverencia por la *vida*, en tanto maravilloso y terrible regalo, que un niño despiadado puede destruir, pero nunca restaurar, es una lección de primera importancia para el niño:

«Que el conocimiento vaya siempre en aumento;
Y que mayor *reverencia* habite en nosotros».

El niño que ve a su madre llevar reverentemente una gota de nieve a sus labios, aprende una lección de mayor valía que la que le enseña «la letra impresa». Años después, cuando los niños tengan la edad suficiente para comprender que la ciencia en sí misma es en cierto sentido sagrada y exige algunos sacrificios, toda la «información común» que hayan reunido hasta entonces, y los

hábitos de observación que hayan adquirido serán el fundamento más importante para su educación científica. Mientras tanto, que *consideren* los lirios del campo y las aves del aire.

Clasificación aproximada de primera mano. Para realizar mejores descripciones, debieran poder nombrar y distinguir pétalos, sépalos, etc. y se les debiera animar a que hagan clasificaciones tan aproximadas como puedan con su poco conocimiento de las formas animales y vegetales: plantas con hojas en forma de corazón o de cuchara, con hojas enteras o divididas; hojas con venas entrecruzadas y hojas con venas rectas; flores en forma de campana y flores en forma de cruz; flores con tres pétalos, con cuatro o con cinco; árboles que mantienen sus hojas todo el año, y árboles que las pierden en otoño; criaturas con y sin columna vertebral; criaturas que comen hierba y criaturas que comen carne, y así sucesivamente. Hacer colecciones de hojas y flores prensadas y montadas, y ordenarlas de acuerdo con su forma, ofrece mucho placer y, lo que es mejor, una formación valiosa para notar diferencias y semejanzas. Es posible encontrar los patrones para este tipo de clasificación de hojas y flores en todos los libros de botánica elemental.

El poder de clasificar, discriminar, distinguir entre cosas que difieren, se encuentra entre las facultades más altas del intelecto humano, y no se debe dejar escapar ninguna oportunidad de cultivarlo; pero una clasificación sacada de los libros, que el niño no hace por sí mismo y que no puede verificar por sí mismo, no cultiva ninguna otra facultad que la memoria verbal, lo cual se puede conseguir también aprendiendo una o dos frases en «tamil» u otra lengua desconocida.

Usos de los libros de «naturalistas». En esta etapa, el uso real de los libros de los naturalistas es dar al niño visiones encantadoras del mundo de las maravillas en las que vive, revelar el tipo de cosas que pueden ver los ojos curiosos y llenarlo de deseo de hacer descubrimientos por sí mismo. Hay muchas opciones de obras así, todas de lectura agradable, muchas de ellas escritas por científicos, y que, sin embargo, requieren poco o ningún conocimiento científico para disfrutarlas.

Las madres y los maestros deben saber sobre la naturaleza. La madre debería dedicarse a este tipo de lectura, no solo para que pueda leerles a sus hijos algo sobre los asuntos con los que se encuentran, sino también para responder sus preguntas y dirigir su observación. No solo la madre debiera hacer esto, sino cualquier persona que pase una o dos horas en la compañía de los niños, debería apropiarse de este tipo de información; los niños le apreciarán enormemente por saber lo que ellos quieren saber, y quizás también pueda llegar a ser de inspiración para alguna mente joven destinada a hacer grandes cosas por el mundo.

VII. EL NIÑO ADQUIERE EL CONOCIMIENTO POR MEDIO DE SUS SENTIDOS

La enseñanza de la naturaleza. Observe a un niño mirando fijamente algo nuevo para él, y verá que está tan naturalmente ocupado como un bebé en el pecho; él está, de hecho, comiendo la comida *intelectual* que en ese momento requiere la facultad intelectual de su cerebro. En sus primeros años el niño es todo ojos; él observa, o más bien, percibe, valiéndose de la vista, el tacto,

el gusto, el olfato y la audición, para aprender todo lo que pueda sobre todas las cosas nuevas con las que se llega a encontrar. Todo el mundo sabe cómo un bebé hace para llevarse los pequeños y suaves dedos tambaleantes a la boca, y cómo golpea la cuchara o la muñeca para hacer ruido, que adultos desdeñosos le dieron para que «se quedara tranquilo». Ahí está el niño en sus clases, aprendiendo todo a un ritmo increíblemente rápido según el fisiólogo, quien considera lo mucho que implica, por ejemplo, el acto de «ver»: para un bebé, tal como para un adulto que acaba de recobrar la vista, al principio no hay diferencia entre un objeto plano y un cuerpo redondo, es decir, que las ideas de forma y solidez no se obtienen a través de la vista, sino que se obtienen a partir de la experiencia.

Luego, piense en ese pequeño puño que se alza al aire con movimientos algo vagos para lograr coger algo, y verá también cómo aprende el paradero de las cosas, aún sin tener idea de la dirección. ¿Y por qué llora por la luna? ¿Por qué anhela de la misma forma un caballo o un insecto para jugar? Porque lejos y cerca, grande y pequeño son ideas que aún no llega a comprender. El niño tiene mucho que hacer antes de estar en condiciones de «creer en sus propios ojos»; pero la naturaleza enseña tan gentilmente, tan gradualmente, tan persistentemente, que nunca lo deja exhausto, sino que, al contrario, él no deja nunca de acumular pequeñas reservas de conocimiento sobre lo que llega a conocer.

Éste es el proceso que el niño debe continuar durante los primeros años de su vida; éste es el tiempo que debe usarse en familiarizar al niño con todo lo que le rodea. Poco a poco tendrá que concebir cosas que nunca ha visto: y ¿cómo puede hacer tal cosa, excepto en comparación con las cosas que ya ha visto y que conoce? Poco a poco se le pedirá que reflexione, comprenda y razone; ¿con qué material contará para ello, a menos que cuente con una reserva de hechos a partir de los cuales empezar? El niño al que se le ha hecho observar cuán alto está el sol en el cielo al mediodía en un día de verano, y qué tan bajo está al mediodía a mediados de invierno, puede *concebir* el gran calor de los trópicos bajo un sol vertical, y de *entender* que el clima de un lugar depende en gran medida de la altura media que alcanza el sol sobre el horizonte.

Demasiada presión. Últimamente se ha dicho mucho sobre el peligro de la presión en demasía, de exigir demasiado trabajo mental a un niño en sus años tiernos. El peligro existe; pero radica, no en darle demasiado al niño, sino en darle lo que no debería hacer, es decir, el tipo de trabajo que no puede realizar porque su desarrollo mental no se lo permite. ¿Quién espera que un niño en sus primeros años levante 100 kilos? Pero dele al niño el trabajo que por naturaleza es para él, y la cantidad que puede superar con facilidad es prácticamente ilimitada. ¿Quién ha visto a un niño cansado de ver, de examinar a su manera las cosas desconocidas? Este es el tipo de alimento mental para él por el cual tiene un apetito ilimitado, ya que ese es el alimento de la mente que, en el momento presente, lo hará crecer.

Lecciones objetivas. Ahora bien, ¿hasta qué punto se satisface este deseo por el sustento natural? En las escuelas para menores de 5 años y hasta el Kindergarten, se satisface a través de la clase dada en torno a objetos, lo cual es bueno si no hay nada más, pero a veces es como ese único grano al día con el cual ese francés alimentaba a su caballo en la historia que conocemos. El niño en casa tiene más cosas para observar, aunque menos método. Sin embargo, ni en casa ni en la escuela se hace un gran esfuerzo para presentarle al niño el abundante «banquete de los ojos» que él requiere y necesita.

Un niño aprende de las «cosas». Las personas mayores, debido en parte a nuestro intelecto más maduro, y en parte a nuestra educación defectuosa, obtenemos la mayoría de nuestro conocimiento a través de las palabras, y queremos que el niño aprenda de la misma manera, pero encontramos que no entiende y que se le hace difícil. ¿Por qué? Porque son solo unas pocas palabras que usa comúnmente con las cuales asocia un significado definido; todo lo demás no son para él más que los vocablos de una lengua extranjera. Pero colóquelo cara a cara con una *cosa*, y él es veinte veces más rápido que usted en saberlo todo; el conocimiento de las cosas llega volando a la mente de un niño tal como las limaduras de acero vuelan hacia un imán. Al mismo tiempo que adquiere su conocimiento de las cosas, su vocabulario aumenta, ya que es una ley de la mente el que luchemos por expresar lo que sabemos. Este hecho explica muchas de las preguntas aparentemente sin sentido de los niños; ellos están en la búsqueda, no de conocimiento, sino de *palabras* para expresar el conocimiento que tienen. Ahora bien, considere qué desperdicio de energía intelectual es encerrar dentro de las cuatro paredes de una casa, o en las tristes calles de una ciudad a un niño bendecido con esta capacidad desmesurada de ver y conocer; tampoco es mejor dejarlo vagar libre en el campo donde hay mucho que ver, puesto que es casi igual de dañino dejar que esa gran facultad del niño se disipe en observaciones arbitrarias por falta de método y dirección.

El sentido de la belleza proviene del contacto temprano con la naturaleza. Los niños pueden aprender una ilimitada cantidad de cosas que nunca olvidarán incluso antes de comenzar la escuela. El niño que espontáneamente puede decir dónde encontrar la media docena de abedules más elegantes, o los tres o cuatro mejores fresnos en el vecindario de su casa, tiene mayores posibilidades en la vida en comparación con aquel niño que no diferencia un olmo de un roble. No se trata solo de posibilidades de éxito, sino también posibilidades de una vida más amplia y feliz, porque es interesante cómo ciertos sentimientos están vinculados con la mera observación de la naturaleza y los objetos naturales. «El sentido *estético*, de lo bello, de lo sublime, de lo armonioso parece que se conecta en su forma más elemental directamente con las percepciones que surgen del contacto de la mente con la naturaleza externa», indica el Dr. Carpenter al mismo tiempo que cita al Dr. Morell, quien declara bien efectivamente que «todas las personas que han demostrado una apreciación acentuada de las formas y de la belleza, dicen que sus primeras impresiones datan de un período muy anterior al tiempo de las ideas definidas o de la instrucción verbal».

La mayoría de los hombres adultos pierden el hábito de observación. Por lo tanto, somos algo deudores del señor Evans por llevar con él a su pequeña hija Mary Anne en sus largos viajes de negocios por los agradables caminos de Warwickshire; en las rodillas de su padre, la niña veía mucho y decía poco; y el resultado fueron las escenas de la vida rural descritas en *Adam Bede* y en *The Mill on the Floss* [obras de la escritora realista inglesa George Eliot, seudónimo de Mary Ann Evans]. Wordsworth, por su parte, fue criado en las montañas, y llegó a ser un profeta de la naturaleza; mientras que Tennyson dibujaba imágenes interminables de los condados orientales donde creció. Dickens, por su parte, hace que su héroe hable de una sólida filosofía y de una afable lógica cuando escribe que el pequeño David Copperfield era «un niño muy observador», quien en sus propias palabras decía: «creo que el recuerdo de la mayoría de nosotros puede remontarse mucho más lejos de lo que muchos suponemos; así como creo que el poder de la observación en muchos niños pequeños es muy maravilloso por su fidelidad y su precisión. De hecho, creo que se puede decir que no es que la mayoría de los hombres adultos que se destacan a este respecto hayan adquirido esta facultad de observación, sino que en realidad nunca la han perdido; esto

dado que observo generalmente que tales hombres conservan una cierta frescura, gentileza y capacidad de satisfacción, que también son una herencia conservada de su infancia».

VIII. SE DEBE FAMILIARIZAR AL NIÑO CON LOS OBJETOS NATURALES

A un niño observador se le debe llevar hacia las cosas que vale la pena observar. Pero, ¿de qué sirve ser «un niño muy observador», si no lo colocamos frente a cosas que vale la pena observar? Aquí radica la diferencia entre las calles de una ciudad y las vistas y sonidos del campo, ya que hay mucho que ver en una ciudad, y los niños acostumbrados a las calles se vuelven lo suficientemente alertas e inteligentes, pero los fragmentos de información que recogen en una ciudad son fragmentos aislados; no se relacionan con nada más, ni llegan a algún lado; es posible que la información sea conveniente, pero nadie aumenta en sabiduría por saber de qué lado de la calle está *Smith's* y qué desvío hay que tomar para ir a la tienda de Thompson.

Todo objeto natural es miembro de una serie de objetos. Ahora tome un objeto natural, cualquiera sea, y estará estudiando un elemento de un grupo, un objeto en una serie de varios; por tanto, el conocimiento que se obtenga sobre él se aplica también a la *ciencia* que incluye a todos los de su tipo. Rompa una rama más vieja en la primavera y notará un anillo que rodea el centro de un meollo, he ahí a simple vista una característica distintiva de una gran división del mundo vegetal. Recoja una piedra, y note sus bordes perfectamente lisos y redondeados, la razón es que la desgastó el agua, y la desgastó el tiempo. Este pequeño guijarro nos enfrenta cara a cara con el hecho de la *desintegración*, la fuerza a la que debemos, más que a ninguna otra, aquellos aspectos del mundo que llamamos *pintorescos*, ya sea la cañada, el barranco, el valle, la colina. No es necesario que se le diga al niño nada sobre la desintegración o sobre las dicotiledóneas, sino que solo hay que dejarlo que observe la madera y el meollo en la ramita del avellano, la agradable redondez de la piedrecilla; pronto aprenderá los fundamentos de los hechos con los que ya está familiarizado—lo cual es muy distinto de aprender la causa de hechos que nunca ni siquiera ha percibido en su vida.

El poder pasará, cada vez más, a las manos de hombres científicos. Vale la pena que la madre se esfuerce todos los días día para asegurarse, en primer lugar, de que sus hijos pasen horas al día entre objetos rurales y naturales; y, en segundo lugar, de infundir en ellos, o más bien, causar que atesoren, el amor por la investigación. «En forma deliberada lo digo», dice Kingsley, «como estudiante de la sociedad y de la historia, que el poder pasará cada vez más a manos de hombres científicos que gobernarán y se pondrán en acción—con cautela, esperamos, y con modestia y caritativamente—ya que al aprender el verdadero conocimiento habrán aprendido también sobre su propia ignorancia, y la inmensidad, la complejidad, el misterio de la naturaleza. No obstante, también podrán gobernar, podrán ponerse en acción, porque se han tomado la molestia de aprender los hechos y las leyes de la naturaleza».

La intimidad con la naturaleza contribuye al bienestar personal. Pero facultarlos para que naden con la corriente es el menor de los beneficios que esta instrucción temprana confiere a los niños; es más, el amor por la naturaleza, implantado tan temprano que les parecerá a ellos que

nacieron con él, enriquecerá sus vidas con intereses puros, y será la fuente de actividades, salud y buen humor. Dice el mismo escritor, «He visto al joven de fieras pasiones y audacia incontrolable usar sanamente esa energía que lo amenazaba con hundirlo en la imprudencia o el mismo pecado, cazando y coleccionando, a través de rocas y pantanos, nieve y tempestad, todas las aves y los huevos del bosque cercano... He visto a la bella joven de Londres, entre toda la agitación y la tentación del lujo y la adulación, poseedora de un corazón puro y una mente ocupada en un gabinete lleno de conchas y fósiles, flores y algas, manteniéndose libre de mancha del mundo, considerando los lirios del campo, cómo crecen».

IX. LA GEOGRAFÍA AL AIRE LIBRE

Grandes enseñanzas a partir de pequeñas cosas. Después de extendernos sobremanera sobre el tema anterior con el propósito de que las madres comprendan la suprema importancia de despertar en sus hijos un amor por la naturaleza y los objetos naturales—manantial profundo del cual emanan aguas puras que llegan a los lugares más secos de los últimos años de la vida—debemos regresar a la madre, a quien hemos dejado afuera todo este tiempo, esperando para saber qué hará a continuación. No vamos a ignorar a nuestra tierra encantadora en la educación al aire libre de los niños, como fue el siguiente caso: «¿Cómo tienes tiempo para hacer tanto?» «Oh, dejo de lado temas sin valor educativo; no enseño geografía, por ejemplo», dijo un avanzado joven teórico que poseía todo tipo de diplomas.

La geografía pictórica. Pero la madre, que sabe más, encontrará cientos de oportunidades para enseñar geografía: un estanque de patos equivale a un lago o un mar interior; cualquier arroyo servirá para ilustrar los grandes ríos del mundo; un montículo se convierte en una montaña o un sistema alpino; un grupo de avellanos da una idea de los grandes bosques del Amazonas; un pantano cubierto de juncos, los arrozales de China; una pradera, las praderas sin fin del Oeste; las lindas flores púrpura de la malva común se convierten en un lenguaje en el cual se describen los campos de algodón de los estados del sur: de hecho, todo el campo de la geografía pictórica—los mapas pueden esperar—puede estudiarse de esta manera.

La posición del sol. Y no solo esto: a los niños se les debe enseñar a observar la posición del sol en el cielo desde una hora a la otra y, gracias a su posición, poder decir la hora del día. Por supuesto, querrán saber por qué el sol nunca deja de viajar, y así se cuenta una historia maravillosa, que es bueno que aprendan en el «tiempo de fe», de los tamaños relativos del sol y la tierra, y de la naturaleza y los movimientos de la última.

Nubes, lluvia, nieve y granizo. «Las nubes y la lluvia, la nieve y el granizo, el viento y el vapor que ejecuta su palabra» son todos misterios cotidianos que la madre deberá explicar con precisión, aunque sea de manera simple. Hay ciertas ideas que los niños debieran obtener dentro de un radio a pie de su propia casa para contar con una comprensión real de los mapas y de los términos geográficos.

Por ejemplo, la distancia es uno de dichos términos; y la primera idea que debe abordarse sobre ella será por medio de algo que los niños consideren un deleitable procedimiento y que consiste en que un niño camine a su ritmo habitual; que alguien mida y le diga la longitud de su paso, y que él mida los pasos de sus hermanos y hermanas. Así con una determinada caminata, una determinada distancia, por aquí y por allá, se miden solemnemente los pasos, y una pequeña suma sigue—tantas pulgadas o tantos centímetros abarcados con cada paso es igual a tantos metros en total. Varias distancias cortas por la casa del niño se miden de esta manera; y cuando la idea de abarcar una distancia está completamente establecida, se introduce la idea del tiempo como una herramienta de medición. Se anota el tiempo necesario que se demoró en caminar cien yardas. Después de descubrir que se necesitan dos minutos para caminar cien yardas, los niños podrán dar el siguiente paso: que, si han caminado durante treinta minutos, la caminata debería medir mil quinientas yardas; que en treinta y cinco minutos deberían haber caminado una milla, o mil setecientos cincuenta yardas, y luego podrían agregar las diez yardas más para completar una milla. Cuanto más largas sean las piernas, más largo será el paso, y la mayoría de los adultos pueden caminar una milla en veinte minutos.

La dirección. Cuando se hayan familiarizado un poco con la idea de la distancia, se debería presentar la de *dirección*. El primer paso consiste en que los niños se conviertan en observadores del progreso del sol, ya que el niño que observa el sol durante un año y anota por sí mismo (o que dicta) el tiempo y el punto en que éste sale y se pone durante la mayor parte del año, contará con el fundamento de mucho conocimiento concreto. Dicha observación debería incluir el reflejo de la luz del sol, la luz del atardecer reflejada por las ventanas al lado este, la luz de la mañana por las ventanas del lado oeste; las diferentes longitudes e intensidades de las sombras, la causa de éstas, lo cual se aprende proyectando la sombra de una figura situada entre una cortina y una vela. El niño también debiera asociar las horas calurosas del día con el sol en lo alto, y las horas frescas de la mañana y la tarde con el sol bajo; y se le debiera recordar que, si se pone justo frente al fuego, siente más calor que si se pusiera en un rincón de la habitación. Cuando se le ha preparado con una pequeña observación del curso del sol, estará listo para adquirir la idea de la dirección, la cual depende completamente del sol.

Este y oeste. Por supuesto, las dos primeras ideas son que el sol sale por el este y se pone por el oeste; a partir de tal hecho, podrá determinar la dirección en la que se encuentran los lugares cercanos a su hogar o las calles de su propio pueblo. Dígale que se ponga de pie de manera que su lado derecho esté hacia el este, donde sale el sol, y su izquierda hacia el oeste, donde se pone el sol: estará mirando hacia el norte y dará la espalda al sur. Todas las casas, calles y pueblos a su derecha están al este de él, los de la izquierda están al oeste. Los lugares a los que se debe caminar hacia adelante para llegar están al norte de él, y los lugares detrás de él están al sur. Si se encuentra en un lugar nuevo para él donde nunca ha visto salir o ponerse el sol y quiere saber en qué dirección corre un determinado camino, debe notar en qué dirección cae su propia sombra a las doce en punto, porque al mediodía la sombra de todos los objetos cae hacia el norte. Entonces, si está mirando al norte, tiene, igual que antes, el sur a su espalda, el este a su mano derecha, el oeste a su izquierda; o si está mirando al sol al mediodía, entonces está en dirección al sur.

Práctica para discernir la dirección. En este punto el niño aprenderá algo interesante sobre los nombres de nuestros grandes ferrocarriles [en Inglaterra los nombres de las líneas de ferrocarril son los puntos cardinales y sus variaciones]. Con un poco de práctica, el niño puede estar listo para identificar las direcciones de los lugares; que observe cómo cada una de las

ventanas de su salón de clase están ubicadas, o las ventanas de cada una de las habitaciones de su hogar; las hileras de casas que pasa en sus paseos, y cuáles son los lados norte, sur, este y oeste de las iglesias que conoce. Pronto estará preparado para notar la dirección del viento al considerar el humo de las chimeneas, el movimiento de las ramas, del maíz, de la hierba, etc. Si sopla viento norte, tendremos nieve. Si sopla un viento del oeste, esperamos lluvia. Se debe poner atención en esta etapa de dejarle claro al niño que el viento lleva el nombre de la dirección de donde proviene, y no desde el punto hacia el cual sopla—tal como su nacionalidad es determinada por el país en que nació, y no por el país al que viaja a menudo. Las ideas de la distancia y la dirección ahora se pueden combinar. Por ejemplo, tal edificio está a doscientos metros al este del pórtico, tal pueblo está a dos millas hacia el oeste. Pronto el niño se encontrará con la dificultad de que un lugar no está exactamente al este o el oeste, o al norte o al sur. Está bien dejarlo que dé, de una forma inexacta, la dirección de los lugares como: «más al este que al oeste», «muy cerca del este, pero no del todo», «justo en la mitad entre el este y el oeste». De esta forma, el niño valorará aún más los medios exactos de expresión por haber sentido la necesidad de ellos.

Más tarde, se le debería presentar las maravillas de la brújula del marinero, debiera tener su propia pequeña brújula de bolsillo, y observar los cuatro puntos cardinales y todos los demás puntos. Estos recursos le proporcionarán los nombres de las direcciones que le ha resultado difícil describir.

Ejercicios de manejo de la brújula. Al contar con una brújula, el niño debería hacer ciertos ejercicios de esta manera: dígame que sostenga el N de la brújula hacia el norte diga algo así: «Ahora, con la brújula en la mano, gira hacia el este, y verás algo notable; la pequeña aguja se mueve también, pero por sí sola en la dirección contraria. Gira hacia el oeste, y nuevamente la aguja se mueve en la dirección opuesta a la que te mueves. Tú giras solo un poco, y la pequeña aguja sigue tu movimiento. Y la miras, preguntándote cómo la pequeña cosa podría percibir que te habías movido, cuando apenas lo notaste tú mismo. Camina derecho en cualquier dirección, y la aguja permanece un poco estable; solo un poco estable, porque estás seguro de que, sin querer, te moviste un poco hacia la derecha o hacia la izquierda. Gira muy lentamente, un poco a la vez, comenzando en el norte y girando hacia el este, y harás que la aguja también se mueva en círculo, esta vez en la dirección opuesta a la tuya, ya que está tratando de regresar al norte desde el cual tú estás girando».

Los límites. Una vez que los niños posean la idea de la dirección, será bien fácil introducir la idea de los límites, como: tal y tal campo de nabos está delimitado por la carretera en el sur, por una cosecha de trigo en el sureste, un seto en el noreste, y así sucesivamente. De esta manera, los niños obtienen gradualmente la idea de que los límites de un espacio dado equivalen simplemente a aquello que lo toca en cada lado; es por esto que un cultivo puede tocar a otro sin ninguna línea divisoria, por tanto, un cultivo limita al otro. Es bueno que los niños obtengan nociones claras sobre este tema o, más adelante, estarán confundidos cuando se enteren de que tal condado está «delimitado» por tal y tal. En relación con los espacios delimitados, ya sean aldeas, pueblos, estanques, campos, o lo que sea, a los niños se les debiera dirigir para que noten los diversos cultivos que se encuentran en el distrito, el porqué de los pastos y el porqué de los campos de maíz, qué tipos de rocas se encuentran allí, y cuántos tipos de árboles crecen en el vecindario. De cada campo u otro espacio que se examine, que dibujen un plano sencillo en la arena, comunicando su forma general, y escribiendo las direcciones N, S, E, O, etc.

Planos. Cuando hayan aprendido a dibujar planos al interior, ocasionalmente recorrerán la longitud de un campo y dibujarán su plano a escala, usando una pulgada como equivalencia de cinco o diez yardas. Después se puede continuar con planos del jardín, de los establos, de la casa, etc.

La geografía local. Es probable que el vecindario le dé al niño la oportunidad de aprender el significado de colina y valle, estanque y arroyo, cuenca, corriente, lecho, bancos, afluentes de un arroyo, las posiciones relativas de pueblos y ciudades; y que toda esta geografía local él pueda dibujar aproximadamente en un plano hecho con tiza sobre una roca, o con el palo con el que camina dibujando en la grava, percibiendo las distancias y situaciones relativas de los lugares que identifica.

X. EL NIÑO Y LA MADRE NATURALEZA

La madre debe abstenerse de hablar demasiado. ¿Un plan tan ambicioso suena abrumador para la madre? ¿Quizás se imagina a sí misma teniendo que hablar durante todas esas cinco o seis horas, y a pesar de ello, no abarcar ni un décimo de lo que debiera enseñar? Pero lo opuesto es la realidad porque cuanto menos diga ella, mejor; y en cuanto a la cantidad de trabajo educativo que se debiera realizar, he aquí se presenta de nuevo la fábula del péndulo de la angustia [quizás se refiera a la obra El pozo y el péndulo de Edgar Allan Poe que trata de la terrorífica experiencia de la tortura que llena de angustia y horrores al que la sufre] ya que es cierto que hay innumerables cosas que hacer, pero siempre habrá un segundo de tiempo para hacer algo, y solo una cosa que hacer en un determinado segundo.

Un nuevo conocido. Los pequeños rápidamente habrán jugado, ya sea a «explorar el entorno» o a «pintar cuadros» en un cuarto de hora o algo así; ahora para el estudio de los objetos naturales, un ocasional «¡Mira!» de la madre, su examinación atenta del objeto y el nombre que ella dé, un comentario (de no más de 12 palabras largas) que exprese en el momento adecuado, será para los niños el comienzo de una nueva amistad que ellos profundizarán por sí mismos; y que no más de una o dos de estas presentaciones ocurran en un solo día.

¡Qué atisbo del tiempo libre que le queda a la madre! La verdadera dificultad de la madre, por el contrario, será evitar hablar mucho con los niños, y evitar que se entretengan con ella. Pocas cosas son más dulces y más preciadas para los niños que jugar con su madre; pero una cosa es mejor y esa es la comunión con la madre más vasta, para lo cual se debe dejar a los niños solos con ella. Es verdaderamente un deleite observar cuando la madre está leyendo su libro o tejiendo, alerta a cualquier intento por que hable; se ve al niño mirar arriba hacia un árbol, o abajo a una flor, sin hacer nada, sin pensar en nada; o cual pájaro recorrer las ramas de un árbol, o quedarse inmóvil en un éxtasis sin rumbo—haciendo cosas bastante sin sentido o irracionales, pero, todo el tiempo, algo *está ocurriendo*: la naturaleza está haciendo la parte de ella, con el voto expresado por Wordsworth:

«Esta niña para mí la tomaré:

Ella será mía, yo la haré
Una dama de mi propiedad».

Dos cosas que la madre puede hacer. Una cosa la madre se permitirá hacer como intérprete entre la naturaleza y el niño, pero no más que una vez a la semana o una vez al mes, y a través de una mirada y un gesto de deleite en lugar de un flujo de palabras instructivas, al señalar al niño algún toque de belleza especial en un color o en una determinada presentación del paisaje o del cielo. La otra cosa que ella puede hacer, pero muy raramente, y con una tierna reverencia filial (lo más probable es que diga sus oraciones y hable de ellas en voz alta, porque tocar este terreno con palabras *duras* equivale a herir el alma del niño), es decir, ella señalará una encantadora flor o un agraciado árbol, no solo como una hermosa obra, sino como un hermoso *pensamiento* de Dios, en el cual podemos creer que Él encuentra un continuo placer, y que al ver que sus hijos se regocijan por él, eso le complace a Él. Tal semilla del apego al pensamiento divino que se siembra en el corazón del niño vale muchos de los sermones que el hombre escuchará después de ese momento, y gran parte de «divinidad» sobre la cual llegue a leer.

XI. JUEGOS AL AIRE LIBRE, ETC.

Las horas de mayor alerta mental pasan rapidísimo; y todavía queda por lo menos una clase en el programa, por no hablar de una o dos horas para jugar en la tarde. No dan ganas de pensar en una *clase* después de hablar de muchas cosas que son más interesantes y, verdaderamente, más importantes; pero tiene que ser solo una breve clase, de diez minutos de duración, y tanto el ligero momento de descanso como el esfuerzo de la atención darán un nuevo sabor al tiempo de ocio y relajo que vienen después.

La clase de idioma extranjero. La clase diaria de idioma extranjero es la clase que no debiera omitirse. Más adelante abordaremos aspectos como que los niños aprendan el idioma extranjero *oralmente*, escuchando y repitiendo palabras y frases en el idioma extranjero; que comiencen tan jóvenes que no experimenten un acento diferente, sino que repitan la nueva palabra en el idioma extranjero tal como hacen con su idioma materno y que la usen con la misma libertad; que aprendan unas cuantas —dos o tres, cinco o seis— palabras nuevas en el idioma extranjero diariamente, y que, al mismo tiempo, las palabras ya conocidas se mantengan, entre otros temas. Por ahora, es muy importante mantener la lengua y el oído familiarizados con los vocablos en el idioma extranjero, y que no se omita ninguna clase. Esta clase del idioma extranjero puede adaptarse, sin embargo, a las demás ocupaciones al aire libre; o sea, la media docena de palabras pueden ser las partes de un árbol—las hojas, las ramas, la corteza, el tronco de un árbol, o los colores de las flores, o los movimientos de los pájaros, las nubes, los corderos, los niños. De hecho, las nuevas palabras en el idioma extranjero deberían ser simplemente otra forma de expresión para las ideas que llenan la mente del niño en un momento dado. [Esta sección se titula originalmente «La clase de francés» dado que en el tiempo de la Inglaterra victoriana el francés era el idioma extranjero por excelencia que se aprendía en las escuelas.]

Los juegos ruidosos. Los juegos de la tarde, después de un almuerzo liviano, son una parte importante de las actividades del día para los niños mayores, aunque es probable que los más pequeños ya se hayan agotado a estas alturas del día con la incesante agitación que usa la Naturaleza para propiciar el debido desarrollo de su tejido muscular; déjelos dormir al aire y que despierten refrescados. Mientras tanto, los más grandes juegan; cuanto más corren, gritan y mueven los brazos, más saludable es el juego; y esta es una de las razones por las cuales las madres deberían llevar a sus hijos a lugares solitarios, donde puedan usar sus pulmones todo cuanto quieran sin correr el riesgo de molestar a alguien. No se da suficiente consideración a la estructura *muscular* de los órganos de la voz; pero a los niños les encanta gritar y dar alaridos; y este juego «rudo» y «ruidoso» que sus mayores no quieren aceptar mucho, no es más que la forma en que la Naturaleza provee para el debido ejercicio de los órganos, de cuya capacidad de funcionamiento dependen en gran medida la salud y la felicidad futuras del niño. La gente habla de «pulmones débiles», «pecho débil», «garganta débil» pero quizás nadie piensa que los pulmones fuertes y la garganta fuerte se suelen conseguir en las mismas condiciones que se consigue un brazo o una muñeca fuertes, es decir, gracias al ejercicio, el entrenamiento, *el uso*, y el trabajo. Aun así, si los niños pudieran «vociferar» musicalmente, y con más ritmo al escuchar sus propias voces, tanto mejor. A este respecto, los niños franceses están en mejor posición que los ingleses ya que bailan y cantan cientos de rondas de juegos, juegos que, sin duda, imitan los casamientos y entierros que los niños de antaño jugaban en el mercado de Jerusalén.

«Las rondas». Antes de que las innovaciones puritanas nos convirtieran en una gente seria y circunspecta, los muchachos y las muchachas inglesas de todas las edades bailaban pequeños dramas en la plaza del pueblo, acompañándose con las palabras y aires de rondas como los niños franceses cantan hoy. Todavía quedan algunos de ellos que se pueden escuchar, tanto en las reuniones especiales de la escuela dominical como de otros clubes de niños, y que vale la pena preservar, como: «[There came three dukes a-riding, a-riding, a-riding](#)», «[Oranges and lemons, say the bells of St. Clement's](#)», «[Here we come gathering nuts in May](#)», «[What has my poor prisoner done?](#)» [no hemos traducido estas rondas para que el lector pueda conocer los ritmos de las canciones mencionadas; la última es un párrafo de *London Bridge*] y muchas canciones más, todas creadas con atractivos ritmos que los pequeños pies siguen alegremente, lo cual es acentuado por la agradable estimulación del sonido de las palabras, ¿quién no podría cantar la melodía de tales ideas?

Los promotores del sistema del jardín de infantes han hecho mucho para introducir juegos de este tipo, o más bien de un tipo que es más educativo; pero ¿acaso no es un hecho que los juegos musicales del jardín de infantes podrían calificarse como algo zonzos? Igualmente, es dudoso cuánto cautivarán a los niños los lindísimos juegos que aprenden en la escuela y de parte de un maestro, en comparación con los juegos que se han transmitido de una generación a otra a través de una cadena infinita de niños, y que no se encuentran en ningún libro impreso.

Saltar la cuerda y bádminton. El cricket, el tenis y las rondas son *los juegos por excelencia* si los niños tienen la edad suficiente para jugarlos, tanto porque promueven el movimiento libre y armonioso de los músculos, y también porque sirven al más alto propósito moral de los juegos que es someter a los niños a la disciplina de las reglas; no obstante, la pequeña familia que tenemos a la vista, todos ellos menores de nueve años, difícilmente estarán a la altura de juegos de precisión. Las carreras y las persecuciones, «jugar a la pesca», «seguir al líder», y cualquier otro juego divertido que puedan inventar será más conveniente para la mente de ellos; pero aún

mejor son el aro, la pelota, el bádminton, y la preciada cuerda de saltar. Para la cuerda, el mejor uso es que cada niño salte con la suya, tirándola *hacia atrás* en lugar de hacia adelante, de modo que la tendencia del movimiento contribuya a expandir el pecho. El bádminton es un buen juego, que ofrece posibilidades de ambición y emulación. La biografía de la señorita Austen incluye importante mencionar que ella podía apuntar con éxito más de cien veces en bádminton, ante lo cual se ganaba la admiración de sus sobrinos y sobrinas; de la misma manera, cualquier hazaña en el juego debe darse dentro de un evento familiar, para que los niños puedan llenarse a tal punto de la ambición de sobresalir en un juego que permite jugar graciosa y vigorosamente a casi todos los músculos de la parte superior del cuerpo, y con esta gran recomendación, que se pueda jugar tanto dentro como afuera de la casa. Sin embargo, la mejor jugada es mantener el volante en el aire con una raqueta en cada mano, para que los músculos de ambos lados se pongan igualmente en juego. Con todo, «dar órdenes» sobre juegos infantiles es gastar palabras, porque en este caso la moda es tan suprema y arbitraria como lo es en cuanto a boina o crinolina.

Hacer escalada. Escalar es una diversión que no es muy favorecida por las madres; se trata de prendas desgarradas, rodillas sangrientas y zapatos con las puntas convertidas en agujeros, por no hablar de riesgos más serios, da pie a una sólida argumentación contra este tipo de deleite. Pero, en verdad que este ejercicio es tan admirable—el cuerpo se ve forzado a infinitas elegantes posturas en que todos los músculos se ven en juego—y el entrenamiento en despliegue, arranque e ingenio en recursos es tan invaluable que es una pena que se prohíban los árboles, los acantilados y los obstáculos incluso para niñas pequeñas. La madre puede lograr mucho para evitar graves accidentes al acostumar a los niños más pequeños a hacer simples hazañas de salto y escalada, para que aprendan al mismo tiempo de sus propias experiencias la valentía y la precaución, tengan menos probabilidades de seguir el ejemplo de compañeros de juego demasiado atrevidos. Más tarde, la madre debe decidir sobre compartir los sentimientos de la gallina que incubó una cría de patitos, recordando que un grito agudo y repentino «¡Baja al instante! ¡Tommy, te romperás el cuello!» le dará un shock nervioso al niño, y es probable que cause la caída que se suponía que iba a prevenir, al asustar a Tommy de tal forma que ocasionó su caída. Incluso navegar y nadar no están fuera del alcance de los niños criados en la ciudad, cuando todo el mundo va en el verano al mar o a otros cuerpos de aguas naturales; e incluso sin tener esa opción, en la mayoría de las ciudades existen las piscinas. Sería bueno que a la mayoría de los niños de siete años se les enseñara a nadar, no solo por la posible utilidad de tal saber, sino también como un medio adicional de movimiento y, por lo tanto, de deleite.

La vestimenta. La ropa no tiene por qué causar gran caos si los niños están vestidos apropiadamente para sus pequeñas excursiones, como deberían estarlo, en prendas sencillas de un material de lana tejido suelto, ya sea sarga o franela. La lana tiene muchas ventajas como material de vestir, en comparación con el algodón, y más aún con el lino; principalmente, porque es un mal conductor; es decir, no permite que el calor del cuerpo salga muy libremente, ni que el calor del sol entre muy libremente. Por ello, el niño vestido en ropas de lana, que ha entrado en calor durante el juego, no recibe frío por la pérdida repentina de este calor, como pasa con el niño con ropa de lino; y además se siente más fresco a la luz del sol y más cálido a la sombra.

XII. SALIDAS EN MAL TIEMPO

Los paseos de invierno son tan necesarios como los de verano. Todo lo que hemos dicho hasta ahora se aplica al clima de verano, que es, lamentablemente para nosotros, muy limitado e incierto en nuestra parte del mundo, pero de mayor importancia es la cuestión del ejercicio al aire libre en invierno y en clima húmedo, porque si se puede pasar tiempo afuera en el verano, ¿por qué no hacerlo? Por tanto, si queremos que los niños tengan lo que es verdaderamente mejor para ellos, debieran pasar dos o tres horas diarias al aire libre todo el invierno, digamos una hora y media por la mañana, y una hora y media en la tarde.

Deleites de la escarcha y la nieve. Cuando el suelo está cubierto de escarcha y nieve, los niños pasan momentos muy alegres jugando ya sea deslizándose por la nieve, construyendo con ella o tirando bolas de nieve; pero incluso en aquellos frecuentes días cuando hay barro y el cielo está oscuro, se debiera mantener a los niños interesados y alertas, para que el corazón pueda hacer su trabajo alegremente, y se mantenga un brillo de agradecimiento en todo el cuerpo a pesar de las nubes y el frío.

Observaciones invernales. Todo lo que ya se ha dicho sobre la «exploración del entorno» y la «pintura de cuadros», la pequeña conversación en idioma extranjero, y las observaciones por anotar en el diario familiar, se aplica tanto al clima invernal como al veraniego; y no falta qué ver y anotar. El grupo llega cerca de un gran árbol que estima ser, según su constitución, un roble— se anota esto en el diario; y cuando las hojas broten, los niños volverán a ver si tenían razón. Muchas aves se pueden ver mucho mejor cuando hace frío cuando salen en busca de alimento. [A continuación, ejemplos de poesía sobre lo que ocurre en el período invernal]

«El ganado se lamenta en rincones protegidos por la cerca».

«El sol, con rojizo orbe
Asciende, enciende el horizonte».

«Cada hierba y cada hoja curva del pasto
Extiende una longitud sombría sobre el campo».

«Los gorriones se asoman furtivos, y abandonan los aleros protectores.

«El zorzal canta todavía, pero está satisfecho
Con delicados trinos, más de la mitad sofocados;
Satisfecho con su soledad, y la luz que se aleja
De gota en gota, donde quiera que descansa él sacude
De muchas ramas las gotas colgantes de hielo
Que tintinean en las bajas marchitas hojas».

No hay razón para que la caminata invernal del niño no sea tan fructífera en observaciones como la del poeta; de hecho, de una manera, es posible ver más en invierno, porque las cosas que se ven no se esconden unas tras otras.

El hábito de la atención. Las caminatas en invierno, tanto en la ciudad como en el campo, brindan grandes oportunidades para cultivar el hábito de la atención. Por ejemplo, el famoso mago, Robert Houdini, cuenta en su autobiografía que él y su hijo pasaban rápidamente frente a la vitrina de una juguetería, mirándola atentamente. Después, cada uno sacaba papel y lápiz del bolsillo, e intentaba enumerar la mayor cantidad de objetos que habían visto momentáneamente al pasar. El hijo sorprendió al padre con la rapidez en que aprehendía los objetos, ya que a menudo podía registrar cuarenta objetos, mientras que el padre apenas podía llegar a treinta; y cuando regresaban para verificar las anotaciones, rara vez descubrieron que el hijo había cometido un error. He aquí una idea de actividad lúdica muy educativa para muchas caminatas invernales.

Chapotear en días lluviosos. Ahora, ¿qué hay de los días mojados? El hecho es que, a menos que menos que sea del tipo torrencial, la lluvia no hace daño a los niños si están vestidos adecuadamente. Para ello, debiera eliminarse todo tipo de prenda impermeable, ya que al no permitir el paso de la lluvia tampoco permite el escape de la transpiración inconsciente, y un secreto de salud para las personas que no tienen alguna enfermedad es deshacerse rápidamente de las materias dañinas y degradadas que elimina la piel.

Prendas para el exterior. Los niños debieran usar ropa de lluvia que sea hecha de lana—de grueso tejido sarga, por ejemplo—y cambiársela apenas vuelvan de una caminata, y así no corran el riesgo de resfriarse; en eso radica el sentido común del asunto. Al enfermo con fiebre se le ponen paños mojados en la cabeza; y de a poco los paños se secan y se mojan de nuevo: ¿qué ha sido del agua? Se ha evaporado y, al evaporarse, se ha llevado mucho calor de la cabeza febril. Ahora, lo que alivia a la piel acalorada por la fiebre es lo único que debe evitarse en circunstancias normales. Que un niño se moje la piel no le puede hacer más daño que un baño, siempre que la ropa mojada no se le seque en el cuerpo, es decir, que el agua no se evapore, eliminando así demasiado calor del cuerpo en el proceso. Es la pérdida de calor animal la que resulta en «resfriados», y no la «humedad» que las madres son tan rápidas en deplorar. Mantenga a un niño activo y feliz bajo la lluvia, y solo cosechará beneficios de su caminata; otro es el caso si el niño ya está resfriado; entonces el ejercicio activo puede aumentar cualquier inflamación ya existente.

No sé si es solo una linda fantasía de Richter [un poeta inglés], cuando dijo que una lluvia de primavera es una especie de baño eléctrico y un medio muy potente de salud; es cierto que la lluvia despeja la atmósfera, lo cual es un hecho de considerable importancia en las grandes ciudades. Para nuestro propósito, sin embargo, es suficiente demostrar que la lluvia no hace daño; porque el abundante ejercicio diario al aire libre es de tan grande importancia para los niños, que en realidad nada más que la enfermedad debiera mantenerlos adentro de la casa. Un poco de chapoteo provee suficiente alegría en un día húmedo, ya que, con buen humor, hasta el golpeteo de la lluvia es estimulante. Las «carreras» de los escolares, es decir, el trote a un ritmo constante, que de vez en torna en carrera, es un ejercicio de primer orden; pero se deben tener en cuenta las capacidades de los niños, a quienes no se debe exigir más de lo que puedan hacer.

Precauciones. Al mismo tiempo, a los niños nunca se les debe permitir sentarse con ropa húmeda o quedarse con la ropa húmeda puesta; cuando sea el caso, por ejemplo, en viajes cortos a la iglesia, a la escuela, o a la casa de un vecino, donde no pueden cambiarse de ropa, se debe usar rebozos impermeables para que puedan permanecer secos.

XIII. ENTRENAMIENTO «AL ESTILO INDÍGENA»

La exploración. El librito de Baden Powell sobre el reconocimiento y la exploración nos ha puesto en una nueva senda; ahora cientos de familias realizan alegres expediciones a la naturaleza, mucho más educativas de lo que esperaban, en las que la exploración es la actividad por excelencia.

Una actividad que puede servir de ejemplo consiste en que cuatro personas o más estén emboscadas en un lugar que sea el mejor para tal fin, y que haya sido escogido después de mucha consideración. El enemigo hace un reconocimiento del lugar; primero encuentra la emboscada, y segundo, su habilidad queda al descubierto cuando se acerca a sus enemigos sin ser descubierto. Pienso que cada familia debiera tener una copia de *Reconocimiento y exploración* en el caso de que se vea enfrentada a pelear al estilo indígena. El problema de la vida cómoda y planificada que llevamos, es que no discernimos las señales de los tiempos; pero es muy valioso poseer la habilidad del pensamiento alerta en cuanto a lo que ocurre en el mundo al aire libre, y, aunque simpatizamos profundamente con el esfuerzo por reducir la actividad de la búsqueda de nidos de aves, si no ponemos cuidado, perderemos lo poco que aún está a nuestro alcance de lo que llamamos entrenamiento en destrezas «al estilo indígena».

Observación de aves. Mucho más emocionante y deleitoso que buscar nidos de aves es «observar» las aves, por llamarlo así, para lo cual se usan todas las habilidades de un buen explorador. Pensemos en lo emocionante que es arrastrarse en pies y manos silenciosamente como sombras detrás de los arbustos de la ribera del río sin siquiera tocar una ramita o un guijarro hasta encontrarse a una yarda de un par de aves, y luego, recostarse para observar sus pequeñas y delicadas carreras, sus lindos movimientos de cabeza y cola, y escuchar la música de su canto. He aquí la verdadera alegría de observar aves. Si en los meses de invierno los niños se han familiarizado bastante con los trinos de nuestras aves locales, a principios del verano podrán «observar» con un propósito definido. Los trinos y los cantos de junio son bastante difíciles de distinguir, pero el plan es identificar a aquellas aves que se reconozcan con seguridad, y luego seguir con las demás. La clave para conocer las aves radica en conocer sus cantos, y la única forma de alcanzar esto es siguiendo cualquier trino que no se conozca con certeza. La alegría de rastrear un canto o un trino hasta su origen se iguala a la alegría de un «hallazgo», una posesión de por vida.

Pero observar aves solo debe hacerse en ciertas condiciones; no solo se debe estar «silencioso como una tumba», sino también ni dejar que los pensamientos susurren, porque si uno se permite pensar en otra cosa, la visión completamente encantadora de la vida de los pájaros se nos pasará desapercibida; es más, ni escucharemos los trinos de los pájaros.

A continuación, dos paseos para observar pájaros de un amante de las aves [no hemos traducido el nombre de todas las aves dado que muchas de ellas no existen en nuestro continente; queda pendiente una investigación naturalista al respecto]:

«Escuchamos un canto de algo así como un *chaffinch* [pinzón común], solo que más lento, y miramos hacia arriba en las ramas del árbol para tratar de rastrear al pájaro por el repentino movimiento de una ramita aquí, y otra, allá. Encontramos un camino empinado y rocoso que nos llevó casi a la altura de las copas de los árboles, y luego tuvimos una buena vista para observar el tímido *willow wren* ocupado buscando comida. Otro trino vino del árbol al lado, como un canto que burbujeaba nos hizo acercarnos aún más, y ahí encontramos un *wood wren* y lo observamos mientras él con la cabeza levantada y la garganta burbujeante pronunciaba su trino».

«El alegre estallido de una canción vino de un arbusto cercano, y nos arrastramos sigilosamente, para encontrar una *blackcap warbler* con la cresta levantada girando con entusiasmo en el éxtasis de la canción. Esperamos y lo seguimos hasta su próxima parada gracias a su ligero toque en las ramas. Un ronco chillido de otro árbol anunció un *greenfinch* [jilguero], y tuvimos que seguirlo por largo rato para echarle un vistazo; pero llegó a una ramita sobresaliente, y pudimos escuchar su bonita canción, que nunca habría imaginado que era suya si no lo hubiéramos visto. Un pequeño trino chirriante nos hizo observar los troncos de los árboles, y, efectivamente, había un *tree-creeper* [agateador] que corría alrededor de un fresno, sin dejar de pronunciar sus trinos».

«Otro día nos escondimos detrás de una pared para poder examinar un campo que se encontraba al lado del lago. Allí estaba el *green plover* [chorlito verde] con su cresta alegre, corriendo y picoteando, y, cuando picoteó, vimos el destello rosado debajo de su cola. Esperamos un poco, para ver más, porque los chorlitos se quedan tan quietos que se pierden en el entorno. Pero alguien tosió, y volaron los chorlitos, como una docena, casi quejándose: "¿Por qué no nos dejan tranquilos?" Su malestar agitó a otras aves, y vimos un *snipe* [gallinago] elevarse desde el borde del agua, un lugar pantanoso, con un rápido vuelo en zigzag; hizo una larga vuelta y se instaló no mucho más allá de donde se levantó. Los *sandpipers* [zarapito o playero pectoral] se elevaron también, dos volando cerca de la orilla del agua, silbando todo el tiempo. Al lado de un pequeño barranco vimos un *wagtail* [aguzanieves o lavandera], y un giro en la luz del sol nos mostró el pecho amarillo del *wagtail* amarillo. Un fuerte ruido cerca nuestro nos hizo mirar la pared, y allí estaba un *wagtail* bicolor con el pico lleno, esperando deshacerse de nosotros antes de visitar su nido en la pared. Nos escabullimos y nos refugiamos detrás de un árbol, y después de esperar unos minutos, lo vimos entrar en su agujero. Un ruido de enojo cerca (¡como cuando se pasa una escoba por persianas venecianas!) nos llevó a mirar a un pequeño *wren* morrón en la pared con la cola levantada, pero en un minuto desapareció como un ratón por el lado».

Lo siguiente es de otro amante de las aves:

«Ahora, ellos (los niños) están comenzando a preocuparse más por las aves que por los huevos, y su primera pregunta, en lugar de ser: "¿Cómo es el huevo?" es usualmente: "¿Cómo es el pájaro?". Hacemos una buena búsqueda por *Morris's British Birds* [guía de referencia de las aves de Gran Bretaña] para identificar los pájaros que hemos visto y para quedar seguros en los aspectos que tenemos dudas».

«Pero ahora hablemos de los pájaros. Los *Stonechats* [tarabillas] abundan en los páramos. Me pinché hasta las rodillas cuando estuve sobre un arbusto lleno de espinas, mirando y escuchando lo primero que encontré, pero mi recompensa fue muy buena cuando vi al menos cuatro pares a la vez ¿Conoces a los pájaros? Los *cock-birds* son tan guapos, con su cabeza y cara negras, el cuello blanco, pecho café rojizo y la espalda gris oscuro o marrón. Su canto es lindo, más largo que el de un *chaffinch* [pinzón], además del grito cuando se les molesta; no hacen un vuelo largo y flotan en el aire como un atrapamoscas. El *sandmartin* [avión zapador] hace numerosos agujeros en los peñascos. Intentamos ver qué tan profundo habían excavado para construir sus nidos, pero, aunque puse mi brazo hasta los codos en varios agujeros desiertos, no pude llegar al final. Creo que mis favoritos son los *reed-warblers* [carriceros]. Conozco al menos cuatro pares, y cuando pude lograr que *ambos* niños dejaran de hablar durante unos minutos, pudimos verlos saltar audazmente por las cañas y cantar a plena vista nuestra».

Este es el tipo de cosas con las que se encuentran los observadores de pájaros—una pérdida que sufren aquellos niños a quienes no se les enseña el gentil arte en el cual el ojo está satisfecho de ver, y donde no está presente ni la codicia de coleccionar ni el instinto de matar del cazador, y, sin embargo, existe la alegría de la posesión que dura toda la vida.

XIV. LOS NIÑOS NECESITAN EL AIRE DEL CAMPO

La proporción esencial de oxígeno. Todo el mundo sabe que la condición esencial para una vida vigorosa y un físico excelente consiste en respirar aire que no haya perdido mucho de su debida proporción de oxígeno; también que todo lo que produce calor, ya sea calor animal o calor del fuego, de la vela, de la lámpara de gas, produce dicho calor a expensas del oxígeno contenido en la atmósfera—un banco del cual extraen todos los objetos que respiran y que se queman; que en situaciones donde hay mucha respiración y combustión, ocurre una gran salida de este gas vital; que tal salida puede ser tan excesiva que no haya suficiente oxígeno en el aire para mantener la vida animal, y que se produzca la muerte; pero que en los casos en que la salida sea significativa pero no excesiva la vida animal todavía puede mantenerse, aunque las personas llevarán una vida débil y decaída en un constante estado de baja vitalidad.

Exceso de dióxido de carbono. Además, sabemos que todas las respiraciones y todos los objetos en combustión expulsan un gas dañino, el ácido carbónico [dióxido de carbono, en otras palabras]. Una proporción muy pequeña de este gas está presente en el aire atmosférico más puro, y esa pequeña proporción es saludable; pero si aumenta esa cantidad debido a la acción de las estufas, los incendios, los seres vivos, las lámparas de gas, el aire se vuelve nocivo, en justa proporción a la cantidad de dióxido de carbono superfluo que contenga. Si la cantidad es excesiva—como cuando muchas personas se apiñan en una pequeña habitación sin ventilación—el resultado es la muerte fulminante por asfixia.

Aire fresco, no empobrecido. Por tales razones, no es posible disfrutar la plenitud de la vida en una ciudad. Para las personas adultas, el estímulo de la vida en la ciudad compensa en algo la

impureza del aire; y, por el otro lado, la gente del campo con demasiada frecuencia desaprovecha sus ventajas por caer en el hábito de la flojera mental. No obstante, para los niños—que no solo respiran, sino que crecen; que requieren, proporcionalmente, más oxígeno del que necesitan los adultos para sus procesos vitales—es una absoluta crueldad no ofrecerles con mucha frecuencia, o lo que es mejor, diariamente, el tipo de aire fresco no empobrecido que solo se puede obtener lejos de las ciudades.

Luz solar. En relación con lo anterior, esta es solo una de las razones por las que, aunque solo sea por beneficio a la salud, es prioritario que los niños pasen largos días afuera en el campo; ellos requieren luz, es decir, la luz solar, igual como requieren el aire. La gente del campo se ve más saludable que la gente del pueblo; por el contrario, los mineros son pálidos, igual que la gente que pasa todo su tiempo en habitaciones subterráneas o quienes viven en los valles donde no alumbra el sol. La razón consiste en que, para lograr el radiante aspecto rubicundo de la salud perfecta, deben producirse ciertos cambios en la sangre creados por la producción libre de glóbulos rojos—la naturaleza de dichos cambios tomaría demasiado tiempo explicar aquí—y que parecen ocurrir más favorablemente cuando se recibe la influencia de la luz solar en abundancia. Además de esto, la comunidad científica está comenzando a sospechar que no son solo los rayos de luz visible que proporcionan luz, sino también los rayos infrarrojos que proporcionan calor y los rayos ultravioletas, los que proveen para la vitalidad de maneras que aún no se comprenden completamente.

El físico ideal para los niños. Hace un tiempo apareció una imagen encantadora en *Punch* [revista británica ilustrada de mediados del siglo XIX], de dos niños bromeando en francés con la nueva criada de su madre; se trataba de dos nobles pequeñines, cada uno recto como un dardo, sin carne superflua, los ojos bien abiertos, la cabeza erguida, el pecho dilatado, todo el cuerpo lleno de energía incluso en estado de reposo. Era un gusto mirar la imagen, aunque fuera solo para indicar el tipo de físico que nos encanta ver en un niño. No hay duda de que el niño en la herencia de sus mayores radica el mayor porcentaje de lo que él es a este aspecto, como a otros; pero a continuación es lo que la crianza puede generar, con algunas limitaciones: el niño nace con ciertas tendencias naturales y, según su crianza, cada una de esas tendencias puede resultar siendo un defecto personal o del carácter, o una gallardía en ambos. Por lo tanto, vale la pena poseer por lo menos un ideal *físico* del hijo de uno; para no, por ejemplo, dejarse llevar por la noción de que un niño obeso es necesariamente un niño en buena condición (física). Fácilmente se puede lograr que un niño sea obeso, pero la mirada brillante y honesta, el paso ágil; los tonos de voz claros como una campana; los movimientos ágiles y graciosos que caracterizan al niño criado bien, son el resultado, no del bienestar del cuerpo solamente, sino de «la mente y el alma bien armonizadas», de una entrenada y rápida inteligencia, y de una naturaleza moral que está habituada al «gozo del dominio propio».